

Borges, Husserl, y hacia una fenomenología de la memoria

Borges, Husserl, and towards a phenomenology of memory

Mg. Alejandro Jiménez Restrepo
Secretaría de Educación de Itagúí (Colombia)

RESUMEN

Este trabajo se propone esclarecer, desde un punto de vista fenomenológico y literario, lo que es el recuerdo como actividad intencional del ser humano y condición para la constitución de objetos temporales. De esta manera, la investigación busca mostrar cómo a través de las investigaciones fenomenológicas realizadas por Edmund Husserl sobre la conciencia interna del tiempo, es posible aclarar el sentido originario de lo que es la retención y la protención, en cuanto formas intencionales originarias por las que hay experiencia de pasado, presente y futuro para el hombre. Pero la investigación no sólo se agota en el análisis de la conciencia interna del tiempo, sino que también se sirve de las intuiciones de Jorge Luis Borges acerca de lo que es el tiempo, el recuerdo y la memoria, para tratar de mostrar a manera de conclusión, que lejos de ser el tiempo un fenómeno que avanza en línea recta, hablar del tiempo es hablar de las infinitas posibilidades que tenemos como humanos de poder ser en cada ocasión, es considerar las infinitas posibilidades que tenemos de ser en el mundo, que pueden ser anticipadas, proyectadas y una vez realizadas, sepultadas en el baúl de los recuerdos.

PALABRAS CLAVE: fenomenología; tiempo; recuerdo; memoria; Husserl; Borges.

ABSTRACT

This work aims to clarify, from a phenomenological and literary point of view, what remember is as an intentional activity of the human being and condition for the constitution of temporary objects. In this way, the research seeks to show how through the phenomenological investigations carried out by Edmund Husserl on the internal consciousness of time, it is possible to clarify the original meaning of what is retention and protention, as original intentional forms by which there is experience of past, present and future for man. But research is not only exhausted in the analysis of the

internal consciousness of time, but it also uses the intuitions Jorge Luis Borges about what is time, remember and memory, to try to show by way conclusion, that far from being time a phenomenon that advances in a straight line, to talk about time is to talk about the infinite possibilities that we have as humans to be able to be on each occasion, it is to consider the infinite possibilities that we have to be in the world, which can be anticipated, projected and once realized, buried in the trunk of memories.

KEYWORDS: phenomenology; time; remember; memory; Husserl; Borges.

Introducción

Tal vez sea el recuerdo, al igual que la percepción y la capacidad de crear mundos, una de las facultades del alma más originarias que posee el ser humano desde tiempos remotos. Por tal motivo, en esta investigación no podemos menos que dedicar unas palabras a ese modo de ser de la conciencia tan particular que la historia de los hombres, a fuerza de ponerle un nombre a todo con el fin de aclararse desde el lenguaje, ha tenido a bien llamar recuerdo.

Este trabajo es el resultado de un proceso de investigación en el cual de lo que se trata es de analizar lo que sea que es el sentido del recuerdo, en relación con la memoria, con el tiempo y la percepción, tomando para ello la forma como fenomenológicamente podemos tener conciencia del tiempo, del pasado, el presente y el futuro. Frente al interrogante de por qué la fenomenología, sería la llamada a esclarecer el sentido de semejante cuestión, es porque si la fenomenología se interroga por el sentido de la estructura de la experiencia vivida por el sujeto, y si aceptamos con Edmund Husserl, que todo lo vivido y que puede pasar en cualquier momento por el torrente vital de la conciencia se ordena en el tiempo bajo el modo de ser del pasado, el presente y el futuro, entonces la actitud fenomenológica sería el modo de proceder por excelencia, por la cual tanto el recuerdo, como la misma percepción y el tiempo, se volverían inteligibles para este río, que, parafraseando a Heráclito, deviene siempre en pasado, y es en su pasar o estar pasando, en donde podemos sumergirnos en nuevas y variadas corrientes de tiempo.

Y sin embargo, el corpus fenomenológico no termina por ser suficiente para poder aclarar el sentido del recuerdo y del tiempo. Si bien el análisis fenomenológico aplicado a la forma como para el sujeto hay pasado, presente y futuro, permite entender entre otras cosas, la manera como se constituye el sentido de la duración en cuanto aspecto esencial que posibilita la constitución del pasado y de los objetos asumidos como unidades temporales en sí mismas, es en la obra de Jorge Luis Borges, en donde también podremos ganar un punto de vista realmente genuino sobre lo que significa pensar, en su relación con el tiempo y la memoria.

En su cuento “Funes el Memorioso” Jorge Luis Borges nos ofrece una perspectiva interesante a través de la figura de Ireneo Funes tanto de lo que es percibir y recordar, como de lo que significa pensar y las condiciones sobre las cuales es posible el pensamiento.

De otro lado, pareciera ser que las Lecciones fenomenológicas sobre la conciencia interna del tiempo de Edmund Husserl, abren paso a la posibilidad de reflexionar radicalmente acerca de lo que en esencia es el tiempo, llevando la cuestión planteada por San Agustín sobre la indeterminación del tiempo hacia un plano en el cual el flujo mismo de la conciencia se revelaría como la fuente trascendental de la temporalidad, en cuanto a que se descompone en múltiples flujos que llevan consigo una condición unitaria que sería el tiempo absoluto, el tiempo omniabarcante que recoge todas las fases temporales (Husserl, 2001: 89). Pero así y todo, esta aclaración fenomenológica del tiempo pareciera también concluir que el tiempo sería algo así como la marcha de un tren que avanza en línea recta dejando atrás lo sido, para nunca terminar de alcanzar el eterno horizonte.

Es en este punto en donde Borges nos ofrece un punto de vista realmente genuino sobre lo que es el tiempo, que, si bien es cierto no necesariamente tiene por qué romper con esta concepción tradicional sobre el tiempo y el recuerdo, sí nos permite afirmar que el tiempo sería algo así como una especie de rizoma, como un sendero que se multiplica, que se bifurca, que se ramifica en muchas posibilidades de ser en este y mismo tiempo. De esto se desprende que este trabajo intentará analizar lo que significa el tiempo desde un punto de vista fenomenológico, haciendo también lectura de algunos cuentos de Jorge Luis Borges que, sin lugar a dudas, proporcionarán un terreno de enunciación y de discusión interesante para poder tomar conciencia de lo que es el tiempo mismo, en su relación con los modos de ser de la conciencia como el recuerdo, la percepción y la fantasía, o en palabras de Husserl, con la retención, el ahora y la protención.

Entre fenomenología y literatura: la paradoja del pensamiento en su relación con la memoria

En principio podemos decir que recordar es un atributo, un modo de ser, una cualidad intelectual inherente al ser humano en cuanto un estar siendo en el mundo. De otro lado, y haciendo epojé con respecto a todos los imaginarios que pueden predeterminar nuestra concepción acerca del recordar, podemos decir, trayendo a la dación originaria misma la experiencia del recuerdo, que el recordar es un acto de conciencia intuitivo, y como a todo acto de conciencia le pertenece el tener consciente algo como característica esencial (Husserl, 1988: 32-33), entonces también es lícito destacar que en todo flujo de conciencia, esto es, en toda relación del sujeto con su objeto entendido este último como correlato indispensable para que el primero pueda ser, existe una mediación intencional la cual, permite tener siempre consciente algo (Husserl, 1996: 77-84).

Ahora bien, si echamos una mirada reflexiva a la corriente de la vida de conciencia, encontramos también en el darse mismo del acto conmemorativo, que el recordar en virtud siempre de la intencionalidad, no solo como dice Edmund Husserl en sus *Meditaciones Cartesianas* (1996: 74-83), es un siempre recordar esto y aquello como un tener consciente siempre algo, sino que también sea válido destacar que el recordar en cuanto un modo de ser de la conciencia, hace parte de la estructura universal cartesiana Ego cogito; sin embargo este hacer parte no debe entenderse aquí como un mero anexo o parte que desde la constitución más primigenia de la conciencia venga desde afuera a integrarse a esta, sino que el recordar mismo constituye una función, una estructura noética originaria de la conciencia, sin la cual el yo no podría constituirse como sustrato no solo de identidad sino también de habitualidades (Husserl, 1996: 120-124).

El recordar en cuanto acto intuitivo es una característica sin la que la conciencia en cuanto corriente de vivencias que fluye permanentemente, no tendría pasado, no podría retroceder a sus vivencias intencionales antiguas, por lo que si la conciencia careciese de la conmemoración, en primer lugar todos sus actos de percepción que a propósito dan el objeto en carne y hueso (Walton, 2004), serían lo suficientemente fugaces al punto que nada en la conciencia podría constituirse como objeto suyo, y en consecuencia al no haber recuerdo de, tampoco habría una memoria que en el modo de la potencialidad yace tras de cada percepción, y por la cual semejante a una huella, podemos volver a la vivencia anterior.

¿Pero qué sentido tiene volver a nuestros recuerdos más distantes o a los más frescos? Es posible que el anhelo de rozar la eternidad, encuentre para nosotros en el intento por recordarlo todo con minucia, el auténtico sentido de este modo peculiar de la vida de conciencia. Tal vez el esfuerzo de la memoria por tratar de abarcarlo todo registrando hasta el último detalle, sea la clara manifestación del anhelo del ser humano por tratar de fijar un punto en el tiempo que le pueda inmortalizar.

Y sin embargo, Jorge Luis Borges nos presenta en esa voz resentida y nasal del orillero antiguo, en ese rostro casi siniestro, aindiado y taciturno de Ireneo Funes absorto en la oscura pasionaria que yacía entre sus manos afiladas, una paradoja; se trata de la paradoja de la memoria que almacena y recuerda para no perecer, pero que al mismo tiempo sabe que nunca podrá terminar de recordarlo todo con precisión. Y sin embargo, sentenciará de manera profética en boca del joven uruguayo, que “tal vez todos sabemos profundamente que somos inmortales y que tarde o temprano, todo hombre hará todas las cosas y sabrá todo” (Borges, 1974: 489).

En el caso del joven Ireneo, parece ser que saber todas las cosas tendría más que ver con el esfuerzo por recordarlo todo con precisión, por no pensar, ya que “Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer” (Borges, 1974: 490). De manera frontal, vemos entonces cómo Borges asesta un golpe de gracia a una tradición que ha colocado en una posición privilegiada el pensamiento, la racionalidad, la verdad como resultado de los procesos mentales abstractos, puesto que si pensar es olvidar detalles, diferencias que fácilmente pueden ser reducidas a ideas generales en nombre de un conocimiento puesto al servicio de los hombres para dominar las fuerzas del universo, entonces no cabe duda que lo dicho por Ireneo Funes sería más una invitación a

permanecer despiertos a la vida, a la riqueza y a la vivacidad que se esconde detrás de los pequeños detalles que inundan el mundo de matices, de escorzos y colores sin los cuales no cabría la posibilidad de enunciar el exterior con la palabra mundo.

Con esto en mente, tal vez sea válido preguntarnos si el hecho de que el pensamiento sea el único camino para alcanzar la verdad, no nos hace ciegos frente a la posibilidad de descubrir en lo que vemos, en lo que escuchamos o en lo que sentimos, una forma de donarle un sentido distinto a la vida o a lo que también llamamos lo verdadero, y que no tendría por qué desentonar de esa verdad supra-temporal e idéntica de la que según Husserl, nos hablan las leyes lógicas (Husserl, 2006: 113-115), si se asume por verdad el sentido universal que atraviesa todas las cosas, acreditándose como tal en cada parte, en cada escorzo o lado que llama a la puerta de la conciencia (Husserl, 2005: 267-275).

La actitud de Ireneo Funes encarna la auténtica actitud del fenomenólogo que no da nada por sentado, representa el verdadero papel del investigador, que, lejos de considerar triviales ciertos detalles que aparentemente pueden ser tomados por insignificantes, presta especial atención a eso que parece ser tan obvio, y que a fin de cuentas, con una mirada atenta, no termina siendo tan obvio ni tan trivial.

Por su parte, Husserl enseña que el “fenomenólogo no actúa en una mera entrega ingenua al objeto intencional puramente en cuanto tal, no lleva a cabo una mera contemplación directa y sin más de él, una exhibición de sus notas asumidas, de sus partes y propiedades asumidas” (Husserl, 1996: 96). Lo que significa que en la figura del joven uruguayo encontramos un ejemplar de un investigador de la sociedad y de la naturaleza que no agota su investigación en uno de los lados del objeto intencional, en virtud de que si algo tiene Funes es el hecho de que todo lo observa, le da la vuelta a todas las cosas, toma registro con su mirada atenta de lo que observa, y como si fuera poco, entiende que cada objeto, en cada una de sus múltiples formas de aparición fenoménica arrastra un horizonte de potencialidad, que puede también ser asumido en razón del rendimiento intencional de la conciencia, o como diría el profesor Andrés Felipe López López, por ese “haz de luz nueva” (López, 2015: 32), capaz de recubrirlo todo y que descompone las apariciones “en partes en partes” (2015: 234-235).

De otro lado, es cierto que el científico, el investigador de la naturaleza y de la sociedad busca a toda costa abrazar la totalidad, y no es menos cierto que en el alma de todo ser humano se esconde una búsqueda de la eternidad, de ideas eternas. Y parece ser que la inmortalidad de los hombres se esculpe en las obras que hace y también en las que escribe y que retrata en el lienzo, entre otras formas de expresión artística.

Así se cumple la intuición de Hegel que dice que la historia del universo, el espíritu absoluto que encuentra en la historia el espejo de sí mismo, sólo puede cristalizarse en las obras de arte (Hegel, 1989: 45-54), en la palabra viva y escrita, en la palabra oral, que tanta importancia tenía para los primeros hombres de la antigua Grecia. Y de aquí como dice Margarite Yourcenar, que en el mundo clásico, la figura del poeta, y sobre todo la del poeta ciego como Homero, era un receptáculo capaz de almacenar las más grandes hazañas de los héroes, la memoria completa de los pueblos y, como si fuera

poco, la misma historia de todos los hombres (Yourcenar, 1989: 1-2). Pero aún hay más: según cuenta Yourcenar, en la memoria de todos los pueblos ha persistido históricamente la idea del poeta ciego que era capaz de ver el futuro, por tal motivo, cuando se refiere a Borges lo hace en los términos del vidente (1989: 3-5). Hay, pues, una relación peculiarísima entre el ser poeta, la ceguera y la clarividencia, la cual permite afirmar que si alguien se dice llamar poeta, sólo lo será en virtud de que es capaz, hurgando en su interior, de crear el porvenir proyectando nuevas y variadas posibilidades de ser en el mundo. A propósito de esto, escribirá Margarite Yourcenar citando al insigne poeta argentino, que en vez la ceguera “de ser un motivo de tristeza lírica, fue para él un medio de ver el mundo, en un sentido más amplio del que de ordinario se da a esa palabra” (1989: 3). Por su parte escribirá Borges: “ya que he perdido el querido mundo de las apariencias, debo crear otra cosa: debo crear el futuro” (Borges, 1989: 281).

Así las cosas, parece ser que la ceguera tendría más que ver con un estado poético, es una ocasión para la poesía, esto es, para la creación de mundos paralelos y circulares, más que con un rasgo defectivo que iría en detrimento de la vida y de las posibilidades que cada quien tiene de ser en el mundo. No se puede olvidar en este punto la circunstancia de que el poeta siempre estará situado en lo verosímil, en lo posible y a veces hasta en lo imposible, más que en el plano de lo que todos creemos, vendría siendo la realidad. No en vano Borges estaba parado en la frontera entre la realidad y la ficción, y de ahí la metáfora con la cual bien se relaciona al poeta, con los ojos de lince, volcado siempre hacia el infinito.

En este punto se dirá que no es una mera casualidad el hecho de que Borges vea en la ceguera un don, tal vez, otorgado por la providencia, el cual se convierte en fuente de creación infinita de los más variados mundos y seres imaginarios (Borges, 1989: 287). Que la ceguera sea un don sólo puede significar que alrededor de ella se organiza un nuevo modo de ser en el mundo atravesado por circunstancias vitales, pasiones, capacidades adaptativas al medio, y sobre todo, por un genuino instinto creador que abre nuevas posibilidades que tiene la persona de ser en el mundo. No en vano afirmará que si el ciego aprende a ver en su condición individual un instrumento para la creación, ciertamente está salvado (1989: 286-287).

Pero paralelamente al escandinavo, al anglosajón y a la literatura medieval, dones todos que según Borges, permitió su encuentro con la ceguera, hay que añadir el don que al parecer, a todo ciego le es concedido, y este es el de la memoria prodigiosa. Si hay una cualidad del espíritu que los ciegos desarrollan más que cualquier otra cosa, esta es la buena memoria. La capacidad de recordarlo casi todo con detalle, fechas importantes, nombres y sucesos, hacen parte de su capacidad adaptativa frente al medio, y también, se pone al servicio de la invención o de la creación literaria. No es fortuito tampoco que a la base del ingenio creador de los poetas, esté asociada la memoria como su principal instrumento para la creación y la evocación de mundos e imágenes posibles a través del verso.

Esto no quiere decir que para ser un genio o para crear sea preciso sacarse los ojos, así la historia nos muestre claros ejemplos de poetas y escritores célebres como Milton, quien, consideró que la ceguera era el principal aliado de la poesía y de la

literatura. Ciertamente el instinto creador tiene más que ver con un hurgar en el interior del alma para poder ver rectamente, tal y como consideran los fenomenólogos cuando refieren que la intuición consiste en “ver en sentido pleno” (Heidegger, 2006: 69). Empero, es indiscutible que hay ciertas condiciones y experiencias humanas que pueden llegar a facilitar el desarrollo de este instinto creador, y una de ellas, como ha quedado demostrado con Borges, es la ceguera, a saber, perder el mundo de las apariencias, para una vez vueltos hacia sí mismos, poder aprender a ver entre las sombras o en medio de la niebla amarillenta que decía veía el poeta argentino.

Parece ser que la oscuridad también se convierte aquí en un instrumento poderoso para la creación. Piénsese en que por ejemplo, los mejores ejercicios de memoria llevados a cabo por Ireneo Funes se daban en la penumbra; es como si en medio de las sombras él viera cómo todos los techos de las casas que rodeaban su vecindad, junto con todas las hojas de todos los árboles que podía recordar, se extendían hacia el infinito, siendo la penumbra el telón de fondo en el que el joven uruguayo veía reproducir una y otra vez, todos sus más variados y frescos recuerdos.

Recordar es de humanos, y también es de humanos la capacidad de olvidar. Por esta razón la figura de Funes resulta atractiva de estudiar y muy sugestiva. Y la forma como el ser humano lleva registro del tiempo transcurrido es a través de la conciencia del pasar, o del pasado, y también mediante la cristalización del tiempo a través de la confección de obras de arte; el tiempo hecho palabra, hecho pintura o el tiempo esculpido, pueden ser tomados por formas como el ser humano logra ser consciente de su temporalidad y de su ser histórico.

Borges no es ajeno a esta lógica. La imagen misteriosa y casi sagrada de Ireneo Funes en la penumbra, la voz que toda esa noche del 14 de febrero de 1987 había hablado en latín y en español, enumerando los casos de algunos ilustres personajes que han sido reconocidos por tener una memoria prodigiosa según la *Naturalis historia*, parece ser “monumental como el bronce, más antiguo que Egipto, anterior a las profecías y a las pirámides” (Borges, 1974: 491). ¿Acaso no sea el milagro secreto concedido por la providencia a Jaromir Hladík, de poder terminar su gran obra literaria, reconstruyendo dos veces el tercer acto, abreviando, ampliando en su mente cada parte de su tragedia hasta completarla antes de ser abatido por el pelotón alemán una vez el tiempo corriera nuevamente, una muestra evidente del valor incalculable que tiene para la vida humana la eternización de un punto de tiempo que puede ser capturado en una obra de arte?

Un año entero había solicitado de Dios para terminar su labor: un año le otorgaba su omnipotencia. Dios operaba para él un milagro secreto: lo mataría el plomo alemán, en la hora determinada, pero en su mente un año transcurría entre la orden y la ejecución de la orden. (Borges, 1974: 512)

La imagen de Funes envuelta por el olor del cigarrillo en medio de la penumbra sería aquí el retrato de la memoria, de la historia. Funes representa el saber absoluto, inmaculado, su figura es la representación literaria de la antinomia del pensamiento que una vez reduce los más pequeños detalles a las ideas generales y abstractas, tiende a olvidarlo todo. No en vano al joven Ireneo “le molestaba que el perro de las tres y

catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuarto (visto de frente). Su propia cara en el espejo, sus propias manos, lo sorprendían cada vez” (Borges, 1974: 490).

Era necesario pues, casi que un nombre para cada perro, incluso, para cada parte del mismo perro, para poder satisfacer el anhelo del joven uruguayo por conocerlo todo en sus más ínfimos detalles. No es casualidad que a fuerza de conocerlo todo a través del lenguaje, haya fracasado en su apuesta por construir “un vocabulario infinito para la serie natural de los números” (1974: 489). De hecho, no queda menos que preguntarnos si acaso su esfuerzo por ponerle nombre a todo, por rebautizar cada parte, cada lado de cualquier objeto, persona o animal visto así o asá, no es una forma irónica de cuestionar los principios del nominalismo y de la lógica tradicional.

Pero no sólo en la célebre pluma argentina encontramos este anhelo por la sabiduría, por el conocimiento pleno y debidamente fundado en intuiciones universales; sino que también Husserl, en su esfuerzo por construir un sistema de conocimiento seguro debidamente fundamentado en evidencias claras y distintas, también quiso retroceder a cuestiones fundamentales, siendo así que el reino de la experiencia trascendental le proporcionó un terreno de enunciación para la formulación de su modo peculiar de hacer fenomenología. Y así como en Borges es posible encontrar un intento por la búsqueda de la sabiduría plena y absoluta, No hay que olvidar, según nos cuenta el profesor Josep María Bech, que “Husserl aspiró a un saber del saber” (Bech, 2001: 33), el cual se ha visto reflejado en la automatización no sólo de las experiencias del sujeto, sino también del mismo conocimiento que el hombre puede extraer tanto del saber que se deriva del análisis intencional y progresivo de estas experiencias enunciables por el sujeto trascendental, sino también de las mismas intuiciones universalísimas que por doquier, atraviesan los objetos individuales.

El problema de la constitución fenomenológica del recuerdo en su relación con el sentido de la identidad desde Funes el memorioso

Una lectura atenta de las Lecciones fenomenológicas sobre la conciencia interna del tiempo, permite considerar que en Husserl, hay dos tipos de recuerdos: el recuerdo primario y el recuerdo secundario, o también llamado rememoración o acto reproductivo (Husserl, 2001: 49). mientras que la retención es el recuerdo primario del cual se toma conciencia una vez el objeto temporal dura y se extiende hacia el pasado, la rememoración es un recuerdo secundario, una representación y traída a presencia de un objeto temporal dado originalmente a través de una actividad intencional que constituye una objetividad originaria. Esto quiere decir que la diferencia entre la retención (recuerdo primario), y la rememoración (recuerdo secundario), consiste en que mientras que en la retención no hay ahora sino que simplemente es una fase temporal de uno y mismo objeto, en la rememoración se da la reproducción de una objetividad temporal completa que fluye y se descompone en fases temporales que van pasando en la medida en que el análisis intencional progresa y va abarcando más fases o notas del mismo objeto (Husserl, 2001: 49-50).

En otras palabras, la rememoración tiene como correlato una objetividad temporal, y al igual que la percepción, en la rememoración hay un ahora, o mejor dicho, hay una continuidad de horas, que duran su tiempo; y detrás de cada ahora reproducido se asocia una larga estela de retenciones, esto es, de recuerdos frescos que acaban de pasar y que no son más que modificaciones de pasado que permanentemente están acompañando las percepciones simples, por las que es posible hablar de objetividades o polos de identidad objetiva (Husserl, 2001: 51-53).

De otro lado, es a través del análisis intencional o del ir registrando nexos de esencia como podemos tomar conciencia de la temporalidad. Todos los objetos tienen la impronta de la temporalidad en virtud de que en cada lado, en cada escorzo, lo que encontramos es una fase temporal que abre a su paso nuevas posibilidades de asumir este mismo objeto de forma distinta. Por su parte, la vida de conciencia no es más que un flujo temporal por el que al pasar, cada objeto se escorza distintamente, y por esto es que hablar de la esencia del tiempo, es hablar de la conciencia del tiempo, o de la forma como cada fase de este y mismo objeto, se ordena dentro del torrente temporal de la conciencia.

Pero los objetos temporales no sólo son los que nos da la percepción, también en lo fantaseado o en el recuerdo mismo, comparecen objetos temporales cuyas fases pueden ser asumidas. Y, es en la duración de cada fase que pasa por el torrente temporal, como en la conciencia se empiezan a configurar todas las objetividades, prueba de ello es que como bien refiere Michel Henry en su comentario de las Lecciones fenomenológicas sobre la conciencia interna del tiempo, una nota musical, como su nombre lo indica, es solo una fase de la misma melodía. Y para que haya melodía es preciso que todas esas mezclas de sonidos, de impresiones que vienen aquí del clarinete, allí del saxofón o del violín, se puedan ordenar en el tiempo de una manera articulada y armoniosa. Todos los sonidos dados en simultáneo no nos dan para nada una melodía sino están ordenados en el tiempo, y en cuanto tal, hay notas musicales que van quedando atrás, y otras que van apareciendo y articulándose con las que han dejado de sonar para al fin, completar la melodía.

Mientras que eso sucede a cada nota musical que aparece en el plano de la melodía se van asociando retenciones, recuerdos frescos que lo que hacen es que podamos retener en la conciencia aquello que acaba de sonar para sobre los sonidos actuales, poder encontrar en lo que suena a la conciencia, una unidad de sentido, una identidad que es la melodía.

Ahora bien, sin el recordar, sin esta posibilidad constitutiva de volver hacia nuestras vivencias intencionales anteriores como vivencias nuestras, de este yo que en cada caso somos nosotros mismos, no habría historia, ni pasado, ni mucho menos en medio de todas nuestras vivencias fluyentes que remiten en su estructura noemática a nuestro yo, podríamos aprehendernos como unidad idéntica apodíctica.

Así es que el recuerdo al igual que la percepción, que la fantasía, que el *mentar*, son actos correlativos, que dependen unos de otros para reafirmarse individualmente como actos del recordar, del percibir etc. Actos todos que por si acaso se concretan como actos en la modificación intencional de una conciencia ampliada y extravertida,

que, según comenta el profesor Josep María Bech, “nace mirando hacia afuera” (2001: 54), rompiendo con el solipsismo al cual se ha condenado injustamente a la fenomenología trascendental de Edmund Husserl.

En otras palabras el recordar hace parte indispensable de la constitución genética del Ego Trascendental, a saber, del yo constituyente de sentido, y lo es más aún, si consideramos con el fundador de la fenomenología trascendental, el hecho de que la constitución del sentido casa, perro, o cualquier otro ejemplo que se pueda considerar, no es posible sin la plena conciencia de que la percepción dura su tiempo, de que en cada percepción como bien dice Husserl, hay algo percibido, a saber, algo que se está dando en medio de una continuidad de ahora, el mismo sujeto, la misma actividad intencional que está durando, y consigo, el objeto también, para ser tal, tiene que durar (Husserl, 2001: 74-76).

Así las cosas, se tiene que la constitución del sentido no cabe solamente en una percepción simple o directa, sino que es ahí precisamente, en la retención de la duración, en la toma de conciencia de que algo está durando, en el recuerdo de aquello que acaba de pasar, en donde se constituye el sentido de la objetividad, cuyo proceso consiste en un progresivo ir hacia atrás para retornar hacia el ahora de la conciencia, que siempre abre paso a una nueva serie de ahora que transcurren de continuo (Husserl 2001: pp. 46-54). En este punto declara Husserl a la altura del párrafo 31 de sus Lecciones fenomenológicas sobre la conciencia interna del tiempo, que “todo tiempo percibido es percibido como pasado que termina en el presente” (2001: 81).

Esto significa que cada objeto temporal es para la vida de conciencia, una perpetua continuidad objetiva, y el análisis intencional precisamente permite darnos cuenta que la objetividad del tiempo, o el tiempo objetivo, consiste en tomar conciencia de la unidad, de la identificación de todas las individuaciones o escorzos, los cuales, hacen parte de uno y mismo objeto temporal. Al fin y al cabo afirma el matemático alemán, que la “objetividad presupone conciencia de unidad, conciencia de identidad” (2001: 80), queriendo indicar con ello finalmente que tomar conciencia de algo, o mejor aún, estar vueltos intencionalmente hacia un objeto es tener conciencia de esa condición unitaria por la cual, cada objeto se convierte para el sujeto en una unidad de sentido, en un polo de identificación en el que convergen todos sus lados (Husserl, 1996: 121-123).

Esta intuición es impresionante, ya que en ella Husserl afirma que en todo lo percibido hay algo que transcurre, algo que está transcurriendo o hundiéndose en el pasado, y al mismo tiempo, ese tomar conciencia de lo percibido que es lo que está pasando, desemboca en el presente; sólo en virtud de esta continuidad, de esta toma de conciencia de que algo está fluyendo, que está durando en el tiempo, y que lejos de hundirse necesariamente en el pasado absoluto, lo que está haciendo es reorientándose hacia el ahora, hacia el presente como estela o fase del ahora, lo que permite hablar de que los objetos son unidades de sentido, objetividades temporales. Es en la bandada de pájaros en su agitarse de sus alas que dejan tras de sí una estela, en donde podemos encontrar una referencia objetiva para a tiempo real, volver a ella,

a veces incluso, sin darnos cuenta, lo que hace que en cada nuevo ahora se constituya dicha objetividad.

¿Pero qué sucede en el caso de Funes? Cada escorzo o nota percibida por Ireneo, representaba un objeto fragmentado e independiente del todo de caras que configuraban un objeto, caras que por si acaso de igual manera representaban para él otros objetos muy diferentes entre sí.

Dentro de estas condiciones puede decirse que la percepción del mundo de Ireneo no es unívoca, sino que es totalmente dislocada, fragmentada, como si su conciencia siguiendo en esto a Husserl estuviese desprovista de la síntesis universal que ordena temporalmente todas las cogitaciones y que es para el pensador de Moravia, la forma fundamental originaria por la cual la conciencia constituye sus objetos como unidades idénticas de sentido.

Así las cosas, y sin siquiera advertirlo, cuando Funes cabalga entre una percepción y otra, o entre una nota y otra quizás del mismo objeto sin saberlo claramente, o de algún otro, se encuentra siguiendo la síntesis que atraviesa los objetos y que los pone en relación de significatividad, puesto que es imposible concebir un objeto con sus variantes fenoménicas posibles sin la mediación de una operación sintética. En el relato, Borges aclara como ya se dijo, que a Ireneo le costaba trabajo identificar entre un lado y otro de este perro al mismo perro idéntico pese a que no podía abstraer, asociar etc. No obstante de alguna manera la percepción de esto y aquello por más diferentes que pudiesen aparecer a la mirada de Funes de este mismo objeto, se encuentran atravesadas por una síntesis que genera correlaciones entre estados de cosas, que significa en este sentido un enlace entre una conciencia y otra, y que de algún modo dicha síntesis por activas o pasivas que sean ponen en relación a los objetos y a sus notas entre sí, al punto mismo de que los objetos de conciencia en cuanto objetos de este Ego que no es congruente a la luz de la fenomenología, se encuentran unidos, remitidos unos a otros ante la mirada de Ireneo.

De manera que su percepción de cada cosa junto con el contemplar en cada nota del objeto un objeto diferente, no eran tan independientes entre sí, puesto que de algún modo tales percepciones así y así del mismo perro se hallaban sostenidas por una síntesis que ponía en relación todas las cosas de su mundo. Quizás él sabía que para el resto de la gente el gato físico que está ahí visto de perfil y ahora de frente eran uno y el mismo gato, y sin embargo, para él mismo se le antojaba algo inaudito pero que tal vez podría ser verdad, solo que desde la vez que el azulejo lo volteó todo en su vida había cambiado.

Además, ¿Cómo se explica entonces el que Ireneo poseyera una percepción cinestésica capaz de relacionar lo leído o lo percibido con colores, sensaciones térmicas de calor o de frío, de poseer en lo escuchado una representación, una imagen mental y viceversa? este argumento deja entrever un posible recubrimiento capaz de poner en relación todas sus captaciones visuales con recuerdos de calor, de algo dulce al paladar como el chocolate, o de sensaciones táctiles. Sobre esto escribe Borges: “Esos recuerdos no eran simples; cada imagen visual estaba ligada a sensaciones musculares, térmicas” (1974: 492).

En este sentido hay que hacer valer aquí que Borges de alguna manera desarrolla un concepto de percepción mucho más amplio, que el que quizás los filósofos de siglos pasados como Aristóteles o como Locke habían desarrollado hasta el momento; De hecho el mismo Husserl seguramente habría encontrado en la figura de Funes un modelo, una especie de protofenomenólogo, puesto que el concepto de percepción que se evidencia en Funes es un acto intencional que en su modo de ser, deja al descubierto la actitud realmente fenomenológica que tiene que tener todo investigador para poder ser llamado fenomenólogo.

En Husserl al igual que en Borges, la percepción adquiere un significado amplísimo, por lo que en ambos la percepción no es solo visual, ni mucho menos por percepción debe entenderse en este contexto como una afección suministrada por alguno de los sentidos singulares, por el contrario aquí percepción hace referencia a un haz de luz que descubre y destaca el objeto desde alguno de sus lados. Percepción dentro de estas condiciones es la percepción que podemos tener de un objeto a partir de todos nuestros sentidos al mismo tiempo, es el conjunto de los actos cinestésicos actuando simultáneamente sobre la misma cosa.

Percibir no solo es ver y pasar de largo, entregarse ingenuamente a la realidad, o ver directamente el objeto y conformarnos con su apariencia, sino que percibir en un sentido más estricto como dice Husserl en sus Meditaciones, es detenerse en el objeto, es seguir los niveles de síntesis en los cuales se constituye como objeto nuestro, un conjunto determinado de impresiones, es convertir en sentido este cúmulo de sensaciones, es exhibirlo en sus múltiples modos de aparición hasta captarlo tal y como este realmente es. Pero Funes digamos, permanece en el primer estrato de la percepción trascendental en la cual percibe y es capaz de retener cada parte del objeto, ya que difícilmente pueden este conjunto de impresiones originarias constituirse en la conciencia de Ireneo como identidades.

Por otra parte, la memoria del hombre corriente se construye a sí misma mediante la lucha que se libra entre el olvido y la posibilidad de recordar algo, por lo que el que haya olvido es condición del recordar y viceversa. Esto quiere decir que el olvido entendido como aquellas lagunas y trechos de espacio y de tiempo que no podemos traer a la dación a través del acto del recordar, puede motivarnos intuitivamente en la medida claro está en que tengamos conciencia de este olvido, a que hagamos un esfuerzo por recordar lo que se ha hundido en el mismo.

Al contrario de la lógica que rige al resto de los mortales, Ireneo Funes representa algo así como una especie de antítesis del ser humano, por lo que este no es capaz de olvidar. De hecho hay que destacar el que cuando el narrador tiene su primer encuentro casual con Funes, este lo describe de voz aguda y burlona, lo cual a juzgar por esta última característica nos da a pensar que en la construcción del personaje, de alguna manera Borges trata de presentarnos un ser que se burla de la condición humana, de las limitaciones del hombre, puesto que la figura del memorioso es una figura que al contrario del ser humano, raya en la perfección, nada escapa a su infalible memoria y a su capacidad de penetrar a través de su percepción en los detalles más ocultos de la realidad que lo circunda; es un personaje que pese a su memoria y a su percepción milimétrica cree tal vez, que puede hacer todas las cosas que ningún

hombre antes ha hecho, cree para nosotros que está en la potestad de saberlo todo, de conocerlo todo al punto mismo de que es capaz de construir un idioma en el cual cada cosa y cada nota tiene su nombre particular y un sistema de numeración infinito.

Funes es la clara representación del tiempo omniabarcante. En él el tiempo no es más que el flujo que se descompone en múltiples flujos y que al mismo tiempo quedan englobados por una conciencia unitaria todo poderosa que es capaz de recordarlo todo con minucia (Husserl 2001: 189-190), que a la vez, encuentra en el detenerse en las cosas mismas el sentido único de la percepción y, como si fuera poco, cada serie de percepción vivida, cada recuerdo traído a presencia intuitiva, puede ser anticipado, proyectado mediante la imaginación hacia infinitas posibilidades de ser en el mundo. No en vano nos cuenta Borges que “Funes era un precursor de los superhombres; “Un Zaratustra cimarrón y vernáculo” (1974: 486-487). Alguien que, sin lugar a dudas, estaba más allá del bien y del mal, un espíritu libre en el cual convergían todas las variaciones de tiempos posibles.

Conclusiones

La obra de Jorge Luis Borges nos muestra cómo el tiempo, lejos de ser solamente un fenómeno fundado en la sucesión y la duración que avanza en línea recta, es una toma de conciencia siempre nueva de las múltiples posibilidades que tiene el ser humano de ser en el mundo. Para Borges, cada situación humana, cada acontecimiento vivido, cada nota o escorzo de este mismo objeto percibido así o asá, es una experiencia que se replica en el tiempo infinito en formas siempre distintas, y de aquí que al pensar en el tiempo pasado, presente y futuro, siempre se refiera a ellos como si el tiempo mismo fuese un verdadero laberinto. No hay otra imagen que pueda condensar tan bien la idea que Borges tiene del tiempo como lo es la imagen milenaria del laberinto.

Por esta razón, no es fortuito que en *El jardín de senderos que se bifurcan*, Borges nos proponga la opción de pensar el tiempo como las múltiples posibilidades o caminos que como humanos tenemos frente a cada situación que se nos presenta, en un punto de tiempo que puede ser disparado hacia el infinito descomponiéndose en infinitas posibilidades (Borges 1974: 479-483). Tampoco es una casualidad que Jaromir Hladík, autor de la tragedia *Los enemigos*, encuentre en el patio de la prisión en donde fue recluido por su ascendencia judía, todas sus muertes posibles. Siendo en su imaginación cada una de esas posibilidades de encontrarse con su propia muerte, más real que cualquier forma de morir (Borges 1974: 510-511).

Y, finalmente, todas esas posibilidades que cada hombre tiene de ser en el mundo, cada escorzo rememorado, cada ahora de la conciencia, cada bifurcación del tiempo, cada sendero que se abre tras de cada situación vivida, es encarnada en Ireneo Funes. Funes sería algo así como ese punto de tiempo absoluto en el cual fluyen y convergen todas las series de percepción posibles, todas las variaciones de la memoria y lo que cada hombre será en un tiempo que sólo puede ser anticipado y conocido por el joven uruguayo.

Como decíamos, la figura de Funes representa aquí la antinomia del pensamiento humano, su mayor virtud consiste en la capacidad extraordinaria de recordarlo todo,

de descomponer cada sensación vivida o recordada en infinitas partes, pero acosta de su incapacidad de pensar o de concebir ideas generales, y consigo, de nunca olvidar.

La figura de Ireneo Funes nos proporciona el marco para reflexionar en que algo que nos hace humanos es la posibilidad de olvidar, de perdonar, ¿acaso quién podrá resistir el recuerdo siempre fresco de todos sus errores, de todas sus faltas morales, que por más que se traten de sepultar en el pasado, siempre vuelven a nosotros con mayor fuerza por el poder de una memoria implacable? Así mismo, la condición humana también nos habla de la incapacidad del hombre para conocerlo todo. Y tal vez este sea el principio de la filosofía. Por eso es que estamos obligados a filosofar, a conservar siempre ese diálogo interior con nosotros mismos, porque frente a la sed de querer conocerlo todo, responden siempre nuestras limitaciones, esto es, la posibilidad de ser realmente humanos, en busca de un sentido de vida que no nos ha sido dado, y que estamos en el deber moral de construirlo desde nuestros aciertos, desde nuestros temores por el porvenir, y sobre todo, a partir de las posibilidades que cada quien tiene de ser en el mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- Bech, Josep María. (2001). *De Husserl a Heidegger: la transformación del pensamiento fenomenológico*. Barcelona: Edicions de la Universitat de Barcelona.
- Borges, Jorge Luis. (1974). "El jardín de senderos que se bifurcan", en: *Obras completas tomo I*. Buenos Aires: Emece Editores.
- Borges, Jorge Luis. (1974). "El milagro secreto", en: *Obras completas*, tomo I. Buenos Aires: Emece Editores.
- Borges, Jorge Luis. (1974). "Funes el memorioso", en: *Obras completas*, tomo I. Buenos Aires: Emece Editores.
- Borges, Jorge Luis. (1989). "La ceguera", en: *Obras completas*, tomo II. Buenos Aires: Emece Editores.
- Hegel, Wilhelm Friedrich. (1989). *Lecciones de estética*. Barcelona: Ediciones Acal.
- Heidegger, Martin. (2006). *Prolegómenos para una historia del concepto de tiempo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Henry, Michel. (2001). *Encarnación. Una filosofía de la carne*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Husserl, Edmund. (1988). *Conferencias de París*. México: Edición del Instituto de Investigaciones Filosóficas UNAM.
- Husserl, Edmund. (2005). *Ideas relativas para una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica II, Investigaciones fenomenológicas sobre la constitución*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Husserl, Edmund. (2006). *Investigaciones lógicas I*. Madrid: Alianza Editorial.
- Husserl, Edmund. (1999). *Investigaciones lógicas II*. Madrid: Alianza Editorial.
- Husserl, Edmund. (2001). *Lecciones fenomenológicas sobre la conciencia interna del tiempo*. Madrid: Editorial Trotta.
- Husserl, Edmund. (1996). *Meditaciones Cartesianas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- López López, Andrés Felipe. (2015). *Vida humana fenomenológica: cuatro estudios sobre Edmund Husserl*. Medellín: Editorial Bonaventuriana.
- Walton, Roberto. (2004). "Horizonticidad y juicio". *Anuario Filosófico*, vol. 37 (1).
- Yourcenar, Margerite. (1989). *Borges o el vidente*. Madrid: Peregrina y Extranjera.